

Ambos decayeron de su alta fortuna por culpa propia, aunque no de la misma manera; sino el uno abandonado porque le hicieron desercion los Macedonios; y el otro abandonado porque huyó de la batalla, dejando en ella á los que por él peleaban: de manera que el cargo del uno es haber hecho desobedientes á sus soldados; y el del otro haber perdido voluntariamente tan grande amor y lealtad. Por lo que hace á la muerte no es de alabar la de ninguno de los dos; pero es mas reprehensible la de Demetrio; porque no tuvo inconveniente en reducirse al estado de cautivo, y reputó á ganancia el estar preso tres años, sirviendo solo al vino y á la gula como los animales; cuando Antonio, aunque fue de un modo cobarde, lastimoso y poco noble, por fin se quitó la vida antes que sufrir que su cuerpo cayera en poder de su enemigo.



## DION.

Así como decia Simónides ó Sosio Senecion, que Troya no estaba mal con los Corintios porque le hubiesen hecho guerra con los Griegos, pues que Glauco, Corintio de origen, habia sido en su auxilio; de la misma manera no deberán quejarse de la Academia ni los Romanos ni los Griegos, pues que van á tener igual parte en este escrito, que contendrá las vidas de Bruto y de Dion. Como de ellos este hubiese oido al mismo Platon, y aquel hubiese sido instruido en su doctrina, ambos, saliendo de una misma palestra, se arrojaron á los mayores certámenes. No es de extrañar pues que habiendo sido muy semejantes, y casi puede decirse hermanas sus acciones, hayan acreditado de cierta la sentencía de aquel su adiestrador á la virtud, cuando decia que es necesario que el poder y la fortuna concurren en uno con la prudencia y la justicia para que las empresas políticas lleguen á ser grandes é ilustres. Porque así como Hipómaco, el director de pa-

lestra, decia que á los que en la suya se habian ejercitado los conocia de lejos en el aire del cuerpo aun cuando los veia llevar carne de la plaza, es de la misma manera consiguiendo que la razon presida con igualdad á las acciones de los que han sido de un mismo modo educados, poniendo en ellas justamente con la decencia apropiada á cada caso cierta uniformidad y concordancia.

La suerte y la fortuna de ambos, que fueron las mismas en el éxito, aunque no en el modo y los medios, forman la semejanza de sus vidas: porque ambos murieron antes del fin de sus empresas, no habiendo podido darles feliz cima aun á costa de muchos y grandes combates; y lo mas admirable es que á ambos se les anunció por un medio sobrehumano su fin, habiéndoseles aparecido fantasma odiosas y enemigas. Mas en esta materia hay cierta doctrina que destierra todos estos embaimientos, enseñando que á ningún hombre que esta en su sano juicio se le aparece la forma ó imagen de un genio, sino que solo los niños, las mujercuelas y los delirantes por enfermedad, cuando sufren alguna enagenacion del espíritu, ó mala complexion y disposicion del cuerpo, dan entrada á opiniones vanas y extravagantes, estando imbuidos en la supersticion de hallarse poseidos de un mal genio. Y si Dion y Bruto, hombres de espíritu y filósofos, nada expuestos ó sujetos á ilusiones, dieron tanto valor y se conmovieron con la aparicion de tal modo que llegaron á referirla á otros, no sé cómo podremos evitar el admitir otra doctrina todavia mas repugnante de los antiguos; segun la cual ciertos demonios malos y de perversa intencion, envidiosos de los hombres buenos y contrarios á sus buenas obras, excitan en ellos perturbaciones y miedos para estorbar é impedir toda virtud, con la dañada intencion de que no permaneciendo aquellos firmes y puros en el camino del bien, no gocen de mayor dicha que ellos despues de su muerte. Mas esto habremos de dejarlo para otro tratado: en este libro, que es el duodécimo de las Vidas Paralelas, demos ya principio por la del mas antiguo.

Dionisio el mayor, luego que usurpó el poder, casó con una hija de Hermócrates Siracusano; pero á esta, no estan-

do todavía bien asegurada la tiranía, los Siracusanos en una sedición le hicieron en su persona tales afrentas é insultos, que á consecuencia de ellos voluntariamente se dejó morir. Recobró luego Dionisio y afianzó mas su autoridad, y volvió á casarse con dos mujeres á un tiempo, la una de la Locride llamada Doris, y la otra del país llamada Aristómaca hija de Hiparino, varon muy principal entre los Siracusanos, y colega en el mando de Dionisio cuando por la primera vez fue nombrado generalísimo para la guerra. Dicese que el matrimonio con las dos fue en un mismo dia; que nadie supo á cuál de las dos se acercó primero; y que en adelante se partió con igualdad entre ambas, comiendo en union con él, y alternando por noches en el lecho. Deseaba el pueblo de Siracusa que la natural tuviera alguna ventaja sobre la forastera; pero habiendo dado esta á luz el hijo primogénito de Dionisio, este suceso suplió por la desventaja del origen. Aristómaca estuvo largo tiempo al lado de Dionisio sin tener hijos, sin embargo de que este lo deseaba y procuraba; como que llegó á dar muerte á la madre de la Locrense, por haberse sospechado que habia hecho estéril con pócimas á Aristómaca.

Era Dion hermano de esta; y al principio alcanzó honor por la hermana; pero despues, habiendo dado muestras de prudencia, por sí mismo se ganó el afecto del tirano: tanto que entre otras muchas distinciones dió orden á los tesoreros de que si Dion pedía alguna cosa, se la entregasen, y entregada, se lo participaran en el mismo dia. Era desde luego de carácter altivo, magnánimo y valeroso; pero sobresalió mas en estas calidades despues que arribó á Sicilia Platon, mas bien por una feliz y divina suerte que no por ninguna disposicion humana; y es que algun buen genio, preparando de lejos segun parece á los Siracusanos el principio de su libertad y la destruccion de la tiranía, trajo á Platon de Italia á Siracusa, é inclinó á Dion á escuchar su doctrina, siendo este todavía muy jóven; pero teniendo para aprender mas disposicion que cuantos acudieron á oír al filósofo, y mayor presteza y diligencia para seguir la virtud, como el mismo Platon lo dejó escrito y los hechos lo testifi-

can. Porque con haber sido educado bajo el tirano en costumbres oscuras, y avezándose á una conducta sujeta y tímida, á hacerse servir con orgullo, á un lujo desmedido y á un método de vida propio de quien hace consistir lo honesto en los placeres y en la satisfaccion de los deseos, no bien llegó á probar el fruto de la razon y de una filosofía adiestradora á la virtud, cuando al punto se inflamó su espíritu, y gobernándose por su excelente disposicion á lo bueno, con ánimo sencillo y juvenil esperó que en Dionisio haria igual impresion la misma doctrina; y así trabajó y se afaná por que este, quitando algun tiempo á los negocios, acudiera tambien al oír á Platon.

Llegado el caso de que lo oyese, el filósofo habló en general de la virtud; trató despues largamente de la fortaleza, para probar que los tiranos de todo tienen mas que de fuertes; y como convirtiendo luego su discurso á la justicia, hiciese ver que solo es vida feliz la de los justos, y la de los injustos infeliz y miserable, no pude ya el tirano aguantar aquellos discursos, creyéndose reprendido; y se incomodó con los que se hallaban presentes, porque le oían con admiracion, y se mostraban encantados de su doctrina. Por último, irritado le preguntó con enfado, ¿qué era lo que queria con su venida á Sicilia? y como le respondiése que buscaba un hombre de bien, le replicó el tirano: Pues á fe que parece que todavía no lo has encontrado. Creyó Dion que el enojo no pasaria mas adelante, y se dió priesa á acompañar á Platon á una galera que conducia á la Grecia al Esparciata Polis; pero Dionisio habia enviado reservadamente quien rogara á Polis, como objeto principal, que diera muerte á Platon; y si esto no, que no dejara de venderlo: pues que ningun daño le haria, sino que siendo justo, seria igualmente feliz en medio de la servidumbre. Dicese por tanto que Polis llevó á Platon á Egina, y lo vendió, teniendo los Eginetas guerra con los Atenienses, y habiendo publicado por bando que el Ateniense que fuese hecho cautivo se vendiese en Egina. Mas no por esto fue Dion tenido de Dionisio en menor honor y aprecio; sino que desempeñó embajadas muy importantes, enviado á los Cartágineses; y continuó

siempre admirado en gran manera, sufriendo de él solo Dionisio que le hablara con libertad, y le dijera sin rezelo lo que se le ofreciese, como se vió en la reprehension acerca de Gelon. Porque estaban á lo que parece haciendo mofa del reinado de Gelon, y como dijese el mismo Dionisio que habia sido la risa (1) de la Sicilia, los demas fingieron celebrar mucho el chiste; pero Dion, indignado: Pues tú mandas, le dijo, porque á causa de Gelon tuvieron en ti confianza; pero por tí ya no la alcanzará ningun otro: porque en realidad Gelon hizo ver el mas bello espectáculo en una ciudad gobernada monárquicamente; y Dionisio el mas feo y abominable.

Tenia Dionisio tres hijos de la Locrense y cuatro de Aristómaca, de los cuales dos eran hembras, Sofrosune y Arete, y de estas á Sofrosune la casó con Dionisio su hijo, y á Arete con su hermano Teatrides. Muerto este, Dion tomó por mujer á Arete, que era su sobrina. Enfermó en esto Dionisio en términos de desconfiarse de su vida, é intentó Dion hablarle de los hijos de Aristómaca; pero los médicos, para lisonjear al que iba á suceder en la autoridad, no le dieron tiempo; sino que, segun dice Timeo, propinándole á su petición una medicina narcótica, le privaron de sentido, juntando el sueño con la muerte. Con todo á la primera conferencia que tuvieron con Dionisio el jóven las personas de su confianza habló Dion con tal tino acerca de lo que segun las circunstancias convenia, que hizo ver que á su lado no eran todos los demas en prudencia sino unos muchachos, y en franqueza y libertad unos esclavos de la tiranía, aconsejando á aquel jóven baja y cobardemente á medida de su gusto. Sobre todo dejó pasmados á los que estaban temblando por el peligro que al poder de Dionisio amenazaba de parte de Cartago; ofreciendo que si Dionisio deseaba la paz, pasando al Africa al punto haria cesar la guerra con las mejores condiciones; y si apetecia la guerra, mantendria á sus expensas y le daria para hacerla cincuenta galeras equipadas.

Maravillóse sobremanera Dionisio de su magnanimidad, y

(1) Es un juego pueril con alusion al nombre de Gelon, porque *gelos* en griego significa risa.

se pagó mucho de su pronta disposicion á servirle; pero los otros, dándose por reprendidos con su largueza, y por humillados con su poder, tomó de aquí mismo principio, no se abstuvieron de expresion ninguna con que pudieran excitar odio en aquel jóven contra él, persuadiéndole que por medio de las fuerzas marítimas aspiraba á la tiranía, y que queria con las naves traspasar el poder á los hijos de Aristómaca, que eran sus sobrinos: aunque las causas principales para el odio y la envidia las tomaban de la diferencia de su conducta y de la ninguna semejanza en el tenor de vida. Porque aquellos, apoderándose desde luego del trato y la confianza de un tirano jóven y mal educado con placeres y lisonjas, estaban continuamente inventando algunos amores y distracciones no interrumpidas de beber, de frecuentar mujerzuelas y de otros pasatiempos indecorosos; con los que dulcificada la tiranía como el hierro, apareció humana á los gobernados, y cedió de la misma dureza, embotada, no tanto por la bondad y mansedumbre, como por la desidia del tirano. Desde aquel punto, yendo siempre á mas, y creciendo de dia en dia la relajacion de aquel jóven, rompió esta y quebrantó aquellas ataduras de diamante con que dijo Dionisio el mayor dejaba asegurada la monarquía: porque, segun es fama, luego que se dió á estos excesos, hubo ocasion en que pasó noventa dias seguidos en beber; y en todo este tiempo estando el palacio cerrado é inaccesible á los negocios serios, solo le ocuparon las embriagueces, las befas, las canciones, las danzas y las truhanadas.

Haciase pues Dion molesto, como era natural, no teniendo ninguna blandura ni condescendencia juvenil; por lo que aquellos, dando á sus virtudes con cierta apariencia nombres de vicios, graduaban de soberbia su gravedad, y de insolencia su franqueza: si hacia amonestaciones, parecia que los acusaba; y si no se prestaba á sus extravios, que los miraba con desprecio. Por otro parte su mismo genio le inclinaba á cierta entereza y severidad poco accesible y comunicable para el trato: pues no solo no era afable y risueño para un jóven, cuyos oidos estaban corrompidos con las lisonjas, sino que aun muchos de los que le tenian mas tratado, y á

quienes agradaba mas la sencillez é ingenuidad de sus costumbres, reprendian en sus audiencias el que hablaba á los que tenian negocios, con mas aspereza y despego de lo que convenia; sobre lo que Platon, como profetizando, le escribió mas adelante que pusiera cuidado y se fuera á la mano en la terquedad, que regularmente se contrae viviendo solo. Mas sin embargo aun entonces mismo, cuando parecia que se le tenia en grande aprecio por los negocios, y porque era el único que mantenía y conservaba en pie la tiranía conmovida y vacilante; conocia él que si era el primero y el mayor, no se debía á la voluntad del tirano, sino á la necesidad que de él tenia.

Pensando que la causa de esto era la falta de instruccion, trabajaba por inclinarle á los estudios liberales, y á que gustara los discursos y doctrinas que forman las costumbres, para que dejara de temer la virtud, y se acostumbrara á complacerse con las cosas honestas: porque no era por índole este Dionisio de los tiranos mas perversos, sino que su padre, por temor de que mudara de modo de pensar, y juntándose con hombres prudentes le armara asechanzas y le privara de la autoridad, le tenia cerrado estrechamente en casa ocupado, á falta de todo otro trato y de negocios en que ejercitarse en hacer carros, candeleros, sillas y mesas de madera. Porque Dionisio el mayor era hombre tan desconfiado y tan suspicaz y medroso respecto de todos los hombres, que no se cortaba el cabello con navaja de afeitar; sino que cuando se presentaba alguno de sus colonos se lo quemaba con un carbon. A su habitacion no entraban ni su hermano ni su hijo con los vestidos que llevaban, sino que para pasar adelante era necesario que se desnudara cada uno de la ropa con que iba vestido y tomara otra, viéndole desnudo los de la guardia. Porque una vez su hermano Lepitines para hacerle la descripcion de un terreno, tomando la lanza de uno de los de guardia dibujó con ella aquel sitio, al hermano le riñó ásperamente, y al que le dió la lanza le quitó la vida. De sus amigos se guardaba con sumo cuidado por lo mismo que conocia su capacidad y prudencia; pues decia que los tales mas quieren dominar que ser domi-

nados. A un tal Marsias, que él mismo habia promovido, y á quien habia nombrado para una comandancia, le dió asimismo muerte, porque habia tenido un sueño, en el que le parecia que pasaba con la espada al mismo Dionisio; porque decia que el haber tenido entre sueños esta vision nacia de haber meditado y hablado frecuentemente sobre ello; tan tímida y tan llena de maldades tenia el alma por el miedo aquel mismo que se irritó con Platon porque no hizo ver que era el mas esforzado de los hombres!

Viendo pues Dion á su hijo pervertido y estragado en sus costumbres, como hemos dicho, por falta de educacion, lo exhortaba á que procurase instruirse, y á que rogara con todo encarecimiento al mayor de los filósofos que viniera á Sicilia; y venido que fuese, se pusiera en sus manos, para que formadas por la razon sus costumbres á la virtud, y asemejado él mismo al ejemplar mas divino y mas hermoso de cuanto existe, al que cuando obedece todo lo criado, destruido el desórden, resulta lo que llamamos mundo, se procurara á sí mismo y á sus ciudadanos la mayor felicidad; haciendo que lo que ahora ejecutan estos de mala gana por la necesidad del mando, lo ejecutasen con placer, viéndole mandar paternalmente con prudencia y justicia, y convertido en Rey de tirano: pues que las cadenas diamantinas no eran, como decia su padre, el temor, la violencia, la muchedumbre de las naves ni la guardia de diez mil bárbaros; sino el amor, la pronta voluntad y el agradecimiento, producidos por la virtud y la justicia: cosas que aunque parecen mas suaves que aquellas otras fuertes y duras, dan mayor estabilidad al mando. Fuera de esto decia ser poco airoso y apetecible que el que manda sobresalga en los adornos del cuerpo y en la brillantez de su casa; y que en la conversacion y en el modo de explicarse se confundiera con el hombre mas oscuro, y que no procure tener regia y convenientemente adornado el palacio de su alma.

Como Dion le hiciese frecuentemente estas exhortaciones, mezclando en ellas algunos de los discursos de Platon, excitó en Dionisio un vehemente y furioso deseo de la doctrina y ensenanza de Platon. Enviáronse pues al punto á Atenas

muchas cartas de parte de Dionisio y muchas protestas de parte de Dion, á las que se agregaron otras de los pitagóricos de Italia, instando tambien para que viniese, y ocupando aquella alma nueva, descaminada con la opulencia y el poder, la contuyese con los mas poderosos discursos. Platon, avergonzándose, como dice él mismo, de que pareciese que solo en palabras valia algo, no siendo para emprender obra alguna; y esperando que corregido un hombre solo, como un miembro principal, en él podria sanarse toda la Sicilia doliente, accedió á la venida. Mas los enemigos de Dion, temiendo ya la mudanza de Dionisio, le persuadieron que restituyera del destierro á Filisto, hombre ejercitado en la elocuencia, é instruido en las artes de la tiranía, á fin de tener en él un contraresto contra Platon y la filosofia. Porque Filisto desde los primeros momentos de establecerse la tiranía se puso decididamente de su parte y defendió la ciudadela, habiendo sido largo tiempo comandante de su guardia. Corria ademas la voz de que tenia cierto trato con la madre de Dionisio el mayor, no sin conocimiento de este; pero despues que ocurrió que Leptines de una mujer que tomó para sí estando casada con otro tuvo dos hijas, y dió la una en mujer á Filisto sin participarlo en ninguna manera á Dionisio, irritado este, hizo poner en custodia y aprisionar á la mujer de Leptines, y desterró de la Sicilia á Filisto, el cual se acogió á unos huéspedes suyos orillas del Adriático; y allí, disfrutando de ocio, parece que fue donde compuso la mayor parte de su historia. Porque no volvió en vida de Dionisio el mayor; sino que ahora despues de su muerte lo restituyó, como decimos, la invidia de estos otros contra Dion, por ser de su partido y un firme apoyo de la tiranía.

Vuelto Filisto, al punto se asoció á la tiranía; habiendo al mismo tiempo denuncias y acusaciones de otros contra Dion ante el tirano sobre que habia tratado con Teodotes y Heráclides de la destruccion de la tiranía. Y á lo que parece él esperaba poder despojar á esta por medio de Platon cuando llegase de lo que tenia de demasiado despótica y demandada, haciendo de Dionisio un imperante benigno y legitimo; mas si se resistia y no se ablandaba, tenia resuelto

destruir su autoridad, y restituir á los Siracusanos su gobierno: no porque le agradase la democracia; sino porque la preferia á la tiranía; para los que no acertaban á establecer una aristoeracia justa y saludable.

Este era el estado de los negocios cuando llegó Platon á Sicilia; y en el primer recibimiento se le hicieron los mayores honores y obsequios; porque al apearse de la galera estaba preparada una de las carrozas reales adornada magníficamente, y el tirano hizo un pomposo sacrificio, como si la ciudad hubiera tenido algun próspero suceso. Por otra parte la moderacion en los convites, el arreglo del palacio y la mansedumbre del mismo tirano en cuantos negocios ocurrían, hicieron concebir á los ciudadanos las mas lisonjeras esperanzas de una mudanza. Habia una especie de mania en todos por la doctrina y la filosofia; y aun dura la voz de que el palacio estaba lleno de polvo de tantos como eran los que trazaban líneas geométricas. Al cabo de pocos dias se celebraba en palacio un sacrificio solemne y patrio; y haciendo el heraldo, segun costumbre, la plegaria de que se conservase inalterable la tiranía por largo tiempo, se refiere que Dionisio, que se hallaba presente, le increpó diciendo: ¿No cesarás de maldecirme? Disgustó sobremanera este suceso á Filisto, por creer que el poder de Platon seria con el tiempo y la costumbre invencible, si ahora con una ligera conferencia así habia cambiado y mudado el ánimo de aquel jóven.

De aquí en adelante se censuró ya á Dion, no por uno ú otro solamente y en voz baja, sino por todos y en público, pues decian: «Está visto el objeto que tiene en embaucar y en cierta manera encantar á Dionisio con la doctrina de Platon, para que abdicando y renunciando este voluntariamente, la autoridad, recaiga en él mismo, y pase despues á los hijos de Aristómaca, que son sus sobrinos.» Algunos, fingiéndose disgustados, decian: «No ha mucho que los Atenien-ses llegaron aquí con poderosas fuerzas de mar y tierra, y se gastaron y destruyeron antes de tomar á Siracusa; y ahora disuelven la tiranía de Dionisio por medio de un sofista, persuadiéndole que retirándose de los diez mil estipendiarios, y dejando sus trescientas naves, los diez mil caballos y un

número de infantes muchas veces mayor, se entretenga en buscar en la Academia el tan celebrado último bien, y se haga feliz por medio de la geometría abandonando la felicidad del imperio, de la opulencia y del regalo á Dion y á sus sobrinos. » Habiéndose seguido á esto desde luego sospechas, y despues enojo y division manifiesta, se le entregó reservadamente á Dionisio una carta escrita por Dion á los magistrados de Cartago, en que les decia que cuando hubieran de tratar de paz con Dionisio, no fueran á verle sin hallarse él presente, para que por él se arreglara todo á su satisfaccion. Esta carta la leyó Dionisio á Filisto; y habiendo conferenciado con él, segun dice Timeo, se dirigió con una fingida reconciliacion á Dion, con quien al efecto usó de afectadas escusas; y diciéndole que todo estaba ya acabado, lo llevó solo por debajo del alcázar hácia el mar, donde le mostró la carta, haciéndole reconveniones sobre que ayudado de los Cartagineses trataba de rebelarse contra él. Quiso Dion defenderse; pero no le dejó; sino que como estaba le hizo embarcar en un barquichuelo, dando órden á los marineros de que lo condujeran á Italia, y allí lo echaran en tierra.

Hecho esto, luego que se publicó y divulgó entre todos, ocupó el llanto la casa del tirano á causa de las mujeres, y toda la ciudad de Siracusa se puso en movimiento esperando novedades y repentinas mudanzas del tumulto excitado contra Dion y de la desconfianza de los demas para con el tirano; lo que advertido por Dionisio, como tambien entrase en rezelos, procuró consolar á los amigos de Dion y á las mujeres, queriendo hacerles entender que aquello no era destierro, sino una peregrinacion para quitar el motivo de hacer quiza, impelido de la ira, alguna cosa peor contra la firmeza de aquel, estando presente. Puso dos naves á disposicion de la familia de Dion, dándoles órden de que cargarán en ellas cuanto quisieran de su hacienda y sus esclavos, y se lo llevaran al Peloponeso. Era grande la riqueza de Dion, y casi tiránicos su pompa y aparato para el servicio cotidiano; todo lo que rogiéron y condujeron sus amigos. Enviáronle ademas de esto otras muchas cosas las mujeres y otros de sus allegados y deudos, de manera que en caudales y riqueza

hacia un papel muy brillante entre los Griegos; y en la opulencia del desterrado se echaba bien de ver el poder de la tiranía.

Hizo al punto Dionisio que Platon se trasladara á la ciudadela, preparándole así una honrosa prision bajo la forma de un benigno hospedaje, para que no marchara con Dion á dar testimonio de la injusticia que á este habia hecho. Mas con el tiempo y la continuacion de estar juntos, acostumbrado, como fiera que es tocada y manejada del hombre, á sufrir su trato y su doctrina, llegó á tomarle un amor tiránico, queriendo ser él solo amado de Platon, y admirado sobre todos los demas; y manifestando que estaba pronto á hacer mudanza en los negocios y en la tiranía misma siempre que no tuviera en mas que su amistad la de Dion. Era pues para Platon una verdadera desgracia esta pasion de Dionisio, furioso de zelos, como los amantes desatendidos; y que como ellos en breves instantes se irritaba, se aplacaba é interponia ruegos, deseando con ansia oír sus discursos, participar del estudio de la filosofía; pero avergonzándose de este deseo ante los que trataban de separarle de él, como si aquello fuera dejarse corromper. Ocurrió en esto una guerra, y despidió á Platon conviniendo en que restituiria á Dion para el verano. Y en esto le faltó; pero le envió las rentas que producian sus posesiones, rogando á Platon que en cuanto al tiempo le admitiera la excusa de la guerra, pues luego que se hiciera la paz restituiria á Dion; mas que le encargara que en tanto estuviera tranquilo, sin promover novedad ninguna ni desacreditarle éntre los Griegos.

Procuró Platon que así lo hiciese, y llamando la atencion de Dion hácia la filosofía, lo mantenía en su escuela en la Academia. En la ciudad habitaba en casa de un tal Calipo conocido suyo; y para recreo adquirió un campo, del que despues, al restituirse á Sicilia, hizo donacion á Espeusipo. Era este uno de los amigos con quien mas trataba y conversaba en Atenas, queriendo Platon templar y amenizar las costumbres de Dion con un trato sazonado y chistoso, y que oportunamente se prestaba tambien á los estudios serios: porque este era el carácter de Espeusipo; por el que le celebró co-

mo gracioso y festivo Timon en sus versos jocosos. Dando en este tiempo Platon un coro de mancebos, Dion fue el que ejército el coro y quien hizo todo el gasto, fomentado Platon para con los Atenieses esta ambicion y munificencia, que mas bien procuraba amor á Dion que gloria á él mismo. Recorria Dion las demas ciudades, y en ellas conversaba y andaba en concurrencias y fiestas con los varones mas virtuosos y mas versados en los negocios, sin mostrar módales orgullosas, tiránicas ó afeminadas; sino modestia, virtud y fortaleza: pasando el tiempo en conferencias sazonadas sobre las letras y la filosofia; con lo que se ganó la estimacion de todos; y honores públicos y decretos de parte de las ciudades. Los Lacedemonios lo hicieron Esparciata, despreciando el enojo de Dionisio, sin embargo de que entonces los estaba auxiliando eficazmente contra los Tebanos. Dicese que en una ocasion convidó á Dion Ptoyodoro de Megara á que pasara á su casa: era Ptoyodoro, segun parece, un hombre poderoso y rico: viendo pues Dion á su puerta mucha gente y turba de negociantes, y que á él mismo habia dificultad en hablarle y verle, como observase que sus amigos lo llevaban mal y se incomodaban: ¿ Por qué vituperais á este, les dijo? nosotros haciamos otro tanto en Siracusa.

Al cabo de algun tiempo concibió zelos Dionisio; y temiendo del aprecio y amor que Dion se habia adquirido entre los Griegos, dejó de enviarle sus rentas, poniendo la hacienda de este al cuidado de sus propios administradores. Queriendo ademas desvanecer con los filósofos la mala opinion que por Platon tenia, reunió muchos de los que pasaban por hombres instruidos; y aspirando á la gloria de aventajarse á todos en la disputa, se veia en la precision de usar mal de las especies que á este habia oido. Volvió otra vez á desearle, y se reprendia á sí mismo de no haber sabido aprovecharse de su presencia, ni haberle oido por todo el tiempo que le convenia; y como tirano, arrebatado en sus deseos y pronto para la ejecucion de todo proyecto, puso al punto por obra el de hacer venir á Platon, y no dejó piedra por mover hasta alcanzar de Arquitas y los otros pitagóricos que constituyéndose fiadores de sus promesas, llamaran

á Platon: pues por medio de este habian contraido al principio amistad y hospitalidad con Dionisio. Enviáronle pues estos á Arquedemo, y Dionisio mandó bareos y amigos que rogaran á Platon. Escribió ademas con entereza y claridad que ninguna benigna condicion obtendria Dion, si Platon no se prestaba á pasar á Sicilia; pero si se prestaba, todas. Llegáronle asimismo á Dion repetidas instancias de su hermana y su mujer para que rogase á Platon condescendiera con Dionisio, y no le dieran ningun pretexto. De este modo dice Platon que se resolvió á pasar por tercera vez el mar de Sicilia.

Para otra vez probar la cruel Caribdis (1).

Yendo pues, fue grande el gozo que causó á Dionisio y grande la esperanza de que llenó á la Sicilia, que tambien habia hecho plegarias, y deseaba con ansia que Platon viniera á contraponerse á Filisto, y la filosofia á la tiranía. Era asimismo extraordinario el placer con que lo recibieron las mujeres, y singular la confianza que inspiró á Dionisio, como ninguno otro, siéndole permitido presentarse ante él sin haber pedido permiso. Como este le hiciese repetidas veces dádivas y él las rehusase otras tantas, Aristipo de Cirene, que se hallaba allí á la sazon, dijo que Dionisio era magnánimo con seguridad: porque á ellos que necesitaban de muchas cosas les daba poco, y mucho á Platon que no recibia nada. Despues de los primeros obsequios, habiendo empezado Platon á hablar de Dion, al principio se desentendia Dionisio; despues ya tuvieron lugar las quejas y la enemistad, ocultas por entonces á los de afuera: porque Dionisio las disimulaba, y con otros agasajos y honores procuraba apartar á Platon de su amor á Dion: bien que á aquel no se le ocultaron desde luego su mala fe y sus engaños, sino que aguantaba y disimulaba. Hallábanse entre sí en esta disposicion, creyendo que los demas no lo entendian; pero sucedió que Helicon de Cicico, uno de los amigos de Platon, predijo un eclipse de sol; y habiendo sucedido como lo anunció, admirado el tirano le dió de regalo un talento de plata; y Aristipo, chanceándose con los otros filósofos,

(1) Es un verso de Homero en el libro duodécimo de la *Ulijea*.

les dijo que él también tenía que anunciar un suceso extraño. Como le rogasen que lo expresara : Anuncio, les dijo, que de aquí á breve tiempo Platon y Dionisio serán enemigos. Ello es que Dionisio vendió luego la hacienda de Dion, y se guardó el dinero; y á Platon que tenía su habitacion en el jardín de la casa, lo trasladó al cuartel de las tropas extranjeras, que muy de antemano lo aborrecían, y buscaban medios de perderle, á causa de que persuadía á Dionisio que abdicara la tiranía y viviera sin guardias.

Estando Platon en tan gran peligro, Arquitas, que lo llegó á entender, envió al punto una embajada y una galera de treinta remos, reclamándole de Dionisio, y haciendo á este presente que no había pasado Platon á Siracusa sino en virtud de haberlos tomado á ellos por fiadores de su seguridad. Procuraba Dionisio excusar su enemistad contra Platon con banquetes y con otros obsequios que le hacia cuando estaba para despedirle; llegando hasta prorumpir en ésta expresion : ¿Podremos temer, ó Platon, que nos hagas graves y terribles acriminaciones con tus discípulos? á lo que sonriéndose : No permita Dios, le respondió, que en la Academia estemos tan faltos de asuntos que tratar, que nos quede tiempo para hacer memoria de tí; y con esto se dice que aquel le despidió; pero en verdad que no guarda gran consonancia con esta relacion lo que el mismo Platon nos ha dejado escrito.

Servian estas cosas á Dion de sumo disgusto; y al cabo de poco se consideró en la precision de hacerle la guerra, luego que llegó á entender lo ocurrido con su mujer; sobre lo que Platon había escrito con alguna oscuridad á Dionisio, y fue en esta forma. Despues del destierro de Dion, Dionisio al dejar marchar á Platon le hizo el encargo de informarse reservadamente de si habría algun inconveniente en casar á su mujer con otro, porque corria la voz, verdadera ó fingida por los enemigos de Dion, de que el matrimonio de este no había sido á su gusto, ni vivía en grande armonía con su mujer. Por tanto luego que Platon llegó á Atenas, y trató con Dion de todos los negocios, escribió al tirano una carta en que le hablaba con claridad de todo; pero poniendo esta

especie para él solo : que había hablado con Dion de aquel asunto, y no le quedaba duda de que se daría por muy ofendido si Dionisio lo llevase al cabo; y como por entonces hubiese grandes esperanzas de un acomodamiento, ninguna novedad hizo con la hermana, sino que la dejó permanecer en palacio con el hijo de Dion; pero cuando del todo se descompusieron, y Platon fue otra vez despedido con enfado, entonces casó á Arete, contra su voluntad, con Timócrates, uno de sus amigos, no imitando en esto la condescendencia de su padre. Porque segun parece se declaró enemigo de este Polixeno, que estaba unido en matrimonio con su hermana Testes; y habiendo huido Polixeno por miedo y retirándose de la Sicilia, envió á llamar á la hermana, y le dió quejas de que sabiendo la huida de su marido no se la participó; pero esta sin sobresaltarse ni concebir el menor temor: ¿Tan mala casada te parezco, ó Dionisio, le dijo, y tan desavenida con mi marido, que si hubiera tenido noticia de su huida, no me había de haber ido con él para participar de su suerte? pero no la tuve : pues por mejor hubiera tenido llamarme mujer de Polixeno fugitivo, que hermana de un tirano. Habiéndole hablado Testes con esta entereza, se dice que se admiró el tirano : y admiraron asimismo los Siracusanos su virtud, en términos que despues de disuelta la tiranía, siempre le tributaron distinciones y honores regios; y despues de su muerte acompañaron su entierro todos los ciudadanos. Páreceme que esta no es una digresion inútil.

Dion desde entonces convierte ya su ánimo á la guerra, no entrando en ella Platon por respeto á la hospitalidad de Dionisio y por su vejez; pero inflamando á Dion Espeusipo y otros de sus amigos, y exhortándole á dar la libertad á la Sicilia, que le tendía las manos y le recibiría con los brazos abiertos; porque segun parece mientras Platon residió en Siracusa, Espeusipo y los demas filósofos tuvieron mas trato con aquellos habitantes, y se enteraron mejor de su modo de pensar; pues aunque al principio por temor se recataban y guardaban, recelando que aquello pudiera ser tentativa del tirano, al fin ya tuvieron confianza; y entonces era una misma el lenguaje de todos, pidiendo é instando que viniera



Dion aunque no tuviera naves, ni infantería, ni caballería, embarcándose solo en una nave de comercio, para prestar su persona y su nombre á los Sicilianos contra Dionisio. Enterado de todo esto por Espeusipo, se confirmó en su propósito; aunque para ocultarlo reclutó tropas estipendiarias reservadamente y por medio de interpuestas personas. Auxiliáronle en él muchos hombres de estado y muchos filósofos, con Eudomo de Chipre, á quien despues que ya habia muerto dedicó Aristóteles su diálogo del alma, y Timónides de Leucade. Habian traído asimismo á su partido á Miltas Tesaliano, varon dado á la adivinacion, y uno de los concurrentes á la Academia. De los que habian sido desterrados por el tirano, que no bajaban de mil, solos veinticinco se alistaron en el ejército, separándose de la expedicion por miedo los demas. Era el punto de reunion la isla de Zacinto, adonde acudieron los soldados, que no llegaron á ochocientos; pero todos hombres acreditados en muchos y grandes ejércitos, y por tanto muy ejercitados y aguerridos: así en pericia y valor eran muy aventajados, y los mas propios para inflamar y llenar de ardimiento al gran número de hombres decididos que esperaba Dion tener en la Sicilia.

Con todo cuando estos oyeron por la primera vez que aquel ejército se formaba contra Dionisio y la Sicilia, se quedaron aturridos, y decayeron de ánimo, pareciéndoles que solo cegado y enfurecido con la ira, ó desesperado de poder reunir mayores medios, se arrojaba Dion á un hecho temerario; y á sus gefes y enganchadores los reconvinieron con enfado por no haberles anunciado desde luego la guerra á que eran destinados. Mas despues que Dion les hizo ver lo deleznable y podrido de la tiranía, y los enteró de que mas bien que como soldados los llevaba como caudillos de los muchos Siracusanos y Sicilianos que hacia tiempo se hallaban dispuestos á abrazar su partido; y despues que en seguida de Dion les habló Alquimeñes, que siendo entre los Aqueos el primero en gloria y linaje, habia concurrido á la expedicion, se tranquilizaron y volvieron á su primera confianza. Era esto en medio del verano, reinando los vientos etesias en el mar, y la luna se hallaba en el plenilunio. Dis-

puso pues Dion un magnífico sacrificio á Apolo, acompañándole en gran pompa los soldados al templo con las armas empavesadas, y despues del sacrificio teniendo mesas preparadas, les dió en el circo de los Zacintios un espléndido banquete, en el que maravillándose de la vajilla de oro y plata y de las mesas preciosas, muy superior todo á la opulencia de un particular, reflexionaron que un hombre ya de cierta edad y dueño de tanta riqueza no se arrojaría á empresas de tanta entidad sin una esperanza cierta, y sin contar con amigos que desde allá le ofrecieran grandes y cuantiosos auxilios.

Despues de las libaciones y de las solemnes plegarias se eclipsó la luna; lo que ninguna maravilla causó á Dion, que sabia calcular los períodos de los eclipses, y cuando la sombra llega á oscurecer la luna, interponiéndose la tierra entre esta y el sol; pero siendo conveniente dar aliento á los soldados que se habian sobresaltado, púsose en medio de ellos el adivino Miltas, diciéndoles que tuvieran buen ánimo, y formaran las mejores esperanzas: porque aquel portento lo que significaba era el oscurecimiento de cosas que entonces brillaban; y que no habiendo cosa mas brillante que la tiranía de Dionisio, apagarían su esplendor en el momento que llegaran á la Sicilia. Esto fue lo que Miltas anunció en público á todos; pero en cuanto á las abejas que se vieron formar enjambre en la popa de una de las naves de Dion, dijo reservadamente á los amigos que esto le hacia temer no fuera que siendo desde luego brillantes sus sucesos, al cabo de haber florecido por un breve tiempo se marchitasen. Dícese asimismo que á Dionisio le fueron enviadas muchas señales prodigiosas de parte de los Dioses: porque un águila arrebató la lanza de uno de los soldados estipendiarios, y levantándola y llevándola á grande altura, la dejó caer al abismo. El mar que bate en la ciudadela ofreció un dia agua dulce y potable: cosa que se hizo notoria á todos habiéndola gustado. Nacióronle unos lechoncillos, que tenian todos sus miembros cabales, faltándoles solo las orejas. Revelaban los adivinos que esto era indicio de rebelion y desobediencia, significando que los ciudadanos no se someterían ya á su tiranía; que la dulzura del agua del mar indicaba para los

Siracusanos la mudanza de sus negocios de mal en bien; y finalmente que el águila es ministra de Júpiter, la lanza insignia de autoridad y poder, y con lo ocurrido denunciaba desaparecimiento y ruina á la tiranía el mayor de los Dioses. Así nos lo dejó escrito Teopompo.

Embarcáronse los soldados de Dion en dos trasportes, yendo en pos de ellos un tercer barco de pequeño porte y dos falúas de treinta remos. Llevaba, además de las armas que tenían los soldados, doscientos escudos, muchas ballestas y lanzas y gran provision de víveres, para que nada les faltase en la navegacion; mayormente habiendo de hacerla en alta mar á velas desplegadas, por temor de la tierra, y por saber que Filisto se hallaba surto en Yapigia con su escuadra para observarle. Tuvieron un viento bonancible y blando por doce dias, y al décimotercero se hallaba frente al Paquino, promontorio de Sicilia. Propuso desde luego el piloto á Dion que desembarcaran cuanto antes; pues si se apartaban de tierra y voluntariamente renunciaban al promontorio, habian de tener que andar muchos dias y muchas noches errantes por el mar, esperando en el fin del verano que se levantara el viento ábrego; pero Dion, temiendo el desembarco cerca de los enemigos, y prefiriendo el acometer por lo mas retirado, mandó pasar adelante del Paquino. En seguida se movió un violento cierzo, que con enrespadas olas retiró las naves de la Sicilia; y al mismo tiempo truenos y relámpagos, al aparecer del Arturo, movieron en el aire gran tempestad con copiosa lluvia, con lo cual perdieron el tino los marineros, y yendo perdidos por el mar, se hallaron de repente con que las naves habian sido impelidas del viento á Cercina de Africa, por aquella parte por donde se presenta mas inaccesible y brava la playa de la isla. Estando pues á pique de estrellarse en aquellos escollos, hicieron fuerza de remo para apartarse, lo que con dificultad consiguieron, hasta que la tempestad se aplacó, y tropezando por fortuna con un barco, supieron que se hallaban en el sitio llamado las cabezas de la gran Sirte. Desmayaron con esta desagradable noticia, y mas reinando entonces una gran calma; pero de pronto se levantó un viento húmedo de tierra de la parte de mediodia

cuando menos lo esperaban: tanto que aun experimentándola, no creian aquella mudanza. Arrecióse pues poco á poco, y tomó cuerpo el viento; con lo que desplegando todas las velas, y dando gracias á los Dioses, se engolfaron con rumbo á Sicilia, huyendo del Africa; y con rápido curso al quinto dia arribaron á Minoé, pueblo pequeño de Sicilia perteneciente á la dominacion de Cartago. Hallábase allí á la sazón el comandante cartagines Sunalo, huésped y amigo de Dion; mas como no tuviese noticia de su venida ni de que le perteneciese aquella escuadra, trató de impedir el desembarco de los soldados; pero estos salieron al encuentro armados, y aunque á nadie mataron, porque Dion se lo previno así por su amistad con el comandante, persiguieron á los fugitivos, y se apoderaron del distrito. Mas luego que los caudillos se vieron y saludaron, Dion restituyó la ciudad á Sunalo sin haber hecho en ella el menor daño; y este dando alojamiento á los soldados, proveyó á Dion de las cosas de que tenia necesidad.

Lo que principalmente los alentó fue lo ocurrido con la casual ausencia de Dionisio; porque hacia muy poco que con ochenta naves habia marchado á Italia. Así aunque Dion exhortaba á los soldados á que se repusieran allí por algunos dias, hallándose mal parados de resulta de haber estado tan largo tiempo en el mar, ellos no lo permitieron, apresurándose á aprovechar la ocasion; por lo que clamaban que Dion los llevase á Siracusa. Descargando pues allí todo el sobrante de armas y demas efectos, y encargando á Sunalo que se lo remitiese cuando hubiese oportunidad, marchó para Siracusa. Apenas se habia puesto en camino se le pasaron doscientos caballos de los Agrigentinos que habitan el Economo; y despues de estos los Geloos. Corrió prontamente la voz por Siracusa; y Timócrates, el que estaba casado con la mujer de Dion, hermana de Dionisio, puesto al frente de los amigos que habian quedado en la ciudad, envió al punto á Dionisio un mensajero con cartas en que le avisaba la llegada de Dion; y en tanto atendia á los alborotos y movimientos de la ciudad; en la que todos estaban ya en agitacion, aunque por miedo y por no acabar de creerlo no se de-